

nocido á un religioso, si merecía llevar tal nombre, por más que se jactase de ser perfecto, el cual habiendo sido amonestado por un abad para que renunciara al amor del dinero, le respondió con un tono audaz y un rostro furioso : « Vos mismo tenéis dinero para nutrir á tantas personas, ¿ porque me prohibis que yo también lo tenga ? »

6° Hay, prosigue, tres clases de avaricia en los solitarios ; la una, por la cual un monje se deja persuadir á poseer bienes que ni aun en el mundo tenía ; la otra cuando después de haber dejado estos bienes los toma de nuevo y entra en su posesión ; la tercera, cuando su renuncia al mundo es imperfecta reservándose alguna cosa por un falso temor del porvenir. El primero cae en el caso de Jiezi (4° Reg. 5-27), el segundo en el de Judas (Matth. 26), y el tercero en el de Ananías y Sáfiro (Act. 5-3). Todo esto bien considerado hace ver que valdría mas á un religioso no haber jamás abrazado una profesión tan santa, que dejarse relajar por un vicio tan odioso, y servir por esto de escándalo á los otros.

7° Los religiosos avaros se atreven á autorizarse con aquello que san Pablo cuenta que Jesucristo dijo : *Que vale más dar que recibir* (Act. 20-35) ; como si la falsa aplicación que de ello hacen pudiera honrar este consejo de aquel divino Maestro : *Si queréis ser perfecto, id, vended todo lo que tenéis y dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo.* (Matth. 19-21). ¿ Y san Pablo por ventura no se glorificaba en el hambre, en la sed, en el frío y en la desnudez (II Cor. 11-27) ? ¿ Y puesto que él mismo manifestó que era de una condición distinguida siendo ciudadano romano, no hubiera podido conservar sus bienes para subsistir después de su conversión, si hubiese creído que esto era más propio para adquirir la perfección cristiana (Act. 22-27) ? ¿ Y como se portaban los primeros cristianos ? Ellos vendían sus tierras y sus casas y llevaban el precio á

los piés de los apóstoles (Act. 34-34). Según estos modelos se debe uno regular, y no según el ejemplo de los religiosos relajados. « Hé aquí, añade Casiano, una excelente palabra de san Basilio á un religioso llamado Sinclético, que en el siglo había sido senador, y que se reservó alguna parte de sus bienes, para no tener que trabajar para vivir y adquirir la verdadera humildad por el desprendimiento de todas las cosas, por la pena del trabajo por la sujeción á las órdenes del monasterio : *Vos habéis perdido*, le dijo este santo obispo, *la cualidad de senador y no habéis adquirido la de solitario.* »

8° Es tanto más vergonzoso para un religioso dejarse vencer por la avaricia que no hay grande gloria en domarlas en cuanto ella es más despreciable ; conviene por tanto muchísimo ahogar sus primeros movimientos, y el religioso jamás debe permitir que manche su alma reservándose la menor suma en secreto. Por otra parte, no se debe contentar con guardar la pobreza exterior, debe cortar de su corazón el funesto deseo de las riquezas, sin lo cual se podría decir de él que le falta ocasión y no voluntad. El ejemplo de Judas demuestra hasta donde se extiende esta detestable raíz cuando ha entrado en un corazón.

9° Los medios de librarse de ella son : 1° considerar que la violencia de esta pasión es más grande que todas las riquezas del mundo, ya que ellas no la pueden apaciguar ; 2° no sufrir deseo alguno voluntario en el corazón ; 3° cuando se está en el monasterio contentarse *con tener el sustento y el vestido*, como dice san Pablo (I Tim. 6-8) ; 4° acordarse con frecuencia de la manera como fueron castigados Ananías y Sáfira (Act. 5) ; y de la lepra conque Giezi fué cubierto en castigo de su avaricia (4° Reg. 5-27).

10° En fin, Casiano termina este libro séptimo con una hermosa y sólida instrucción : « No podríamos, dice, cumplir con esta virtud, ni aun permanecer bajo la regla y la



disciplina de un monasterio, si no estableciésemos solidamente la paciencia en nuestro corazón con una verdadera humildad, que es la raíz, y el principio de aquella; pues la humildad jamás hace mal á nadie, y la paciencia sufre generosamente el mal que recibe de otros. »

En el libro octavo de sus *Instituciones* Casiano habla de la cólera. Dice: 1º Que mientras esta pasión es dueña de nuestra alma no podemos tener parte á la verdadera vida. Que no poseemos la verdadera sabiduría, ni la verdadera justicia, ni la verdadera grandeza, ni la solidez de un consejo prudente, ni la paz con nadie, cuando en el espíritu de los hombres pasamos por santos, por grandes, por sabios, por pacíficos, y que en fin no podemos con ella adquirir el cielo, porque la cólera pierde á aquellos mismos que parecen los más prudentes.

2º Refuta á aquellos que osen autorizar su cólera por una falsa interpretación de los lugares de la Escritura, en los cuales se dice que Dios se puso en cólera contra su pueblo (Psal. 105-58), ó que le pedimos que no nos castigue en su cólera (Psal. 6-1). Dice que esto no se debe entender de aquella pasión á la cual está sujeta nuestra debilidad: sino de otra manera más digna de Dios, que nos lo hace considerar como el juez y el justo vengador de todo el mal que se hace en el mundo.

3º Dice que se debe desconfiar de la cólera, que es peligrosa, tanto si viene de una causa justa como injusta: Pues, dice, si es necesario que llevemos algún remedio á nuestro hermano que peca, lo debemos hacer con tanta moderación, que queriendo curar en él una ligera fiebre espiritual, no caigamos por nuestra cólera en una enfermedad más peligrosa, que es la de la ceguera. »

4º Nos podemos encolerizar contra nuestra misma cólera, contra nuestros malos deseos, contra nuestros defectos, contra nuestras pasiones, lo que se hace cuando tratamos de

corregir los desarreglos de nuestro corazón con una compunción saludable. ¿ Pero que se puede decir de aquellos que, en lugar de levantarse contra si mismos con estos sentimientos de compunción, se irritan contra los otros, y bien lejos de ahogar su cólera antes que se ponga el sol, nutren muchos dias una secreta aversión contra aquellos que les ofendieron? Esto es una verdadera venganza; y de esta manera se vengan siempre aquellos que no sofocan su emoción por el deseo de la paz y por el amor de la dulzura, sino por la sola impotencia de vengarse en que se hallan; pues ¿ pueden hacer más, y dar una muestra mayor de su cólera á aquellos contra quienes se ofendieron, que no hablándoles ya con su dulzura ordinaria? La cólera que esta encerrada en su corazón puede ser muy bien que no ofenda á los hombres; pero ahuyenta la divina luz del Espíritu Santo tanto como si se esteriorizara.

5º ¿ Y como podremos creer que sea lícito permanecer en cólera contra nuestros hermanos, ya no digo durante muchos dias, sino solamente hasta que se ponga el sol, cuando Jesucristo no nos permite dirigirle nuestras oraciones (Matth. 5-23), si un hermano llega alguna vez á tener algo contra nosotros? Y si nos atrevemos á orar con la cólera y el resentimiento en nuestro corazón contra la prohibición de Jesucristo ¿ no le ofreceremos un sacrificio que le sea tan agradable, que no le invite por la temeridad de nuestra desobediencia?

6º Algunas veces sucede que después de haber sido arrastrados por el orgullo ó por la impaciencia, nos quejamos de estar en comunidad y deseamos la soledad. Así es como nosotros excusamos nuestro relajamiento y echamos la culpa de nuestra cólera sobre las imperfecciones de nuestros hermanos. Pero mientras acusemos á los otros de las faltas que nosotros cometemos, jamás no levantaremos á una virtud sólida. No debemos hacer depender nuestra



paz ni el arreglo de nuestros corazones de la voluntad de los otros, que no está en nuestro poder, sino más bien de nosotros mismos. No es en la perfección de los otros, sino en nuestra virtud donde debemos hallar un remedio contra la cólera. Esta virtud no se adquiere por la paciencia de los otros sino por nuestra propia dulzura.

7° Nos engañamos, si para evitar la cólera deseamos un desierto. Sólo el perfecto y aquel que se purificó de sus vicios debe razonablemente pensar en él. Todos los vicios que llevamos al desierto sin haberlos extinguido antes, pueden muy bien permanecer ocultos é incubiertos en el fondo de nuestro corazón; pero no por eso quedarán destruidos tal vez crezcan más. Y aquella sombra de paciencia que creemos poseer se pierde enteramente en la soledad por la pereza á que nuestra seguridad nos ha hecho caer, mientras que viviendo con nuestros hermanos, el respeto que les teníamos ó el temor de alguna confusión pública nos retenia en el deber. Así para ser perfectos no basta que no haya nadie contra quien nos podamos enfadar; pues tambien lo podemos hacer contra las cosas inanimadas. Pero toda la ventaja que reportamos es que no respondiendo estas cosas inanimadas á nuestros arrebatos, no nos agrían más, como hacen los hombres con sus resistencias.

8° En fin, los remedios contra la cólera son: 1° Nunca sufrir consentimiento voluntario en el corazón, y desconfiar de sus movimientos, aun cuando creamos que nos es lícito enfadarnos por alguna razón légitima. 2° Considerar que ofreciendo nuestra oración á Dios, no es recibida, cuando haciéndolo conservamos la cólera en nuestro corazón.

« Pero, añade Casiano, sobre todo es necesario acordarnos de la fragilidad de nuestra naturaleza y de la inconstancia de nuestra vida; creer todos los días que vamos á sa-

lir de nuestro cuerpo, y que nada hemos merecido por nuestra castidad, por el menosprecio de las riquezas, con nuestros ayunos, vigiliias y trabajos; pues nuestra cólera nos inutiliza todas estas virtudes, y nos hace caer en los suplicios con los cuales el juez de todos los hombres ha amenazado á los vindicativos y coléricos. »

Después que Casiano ha dicho esto con motivo del vicio de la cólera, en el libro nono pasa al de la tristeza, y habla así de los efectos que ella produce: « 1° Ella nos aparta, dice, casi á cada momento de la contemplación de Dios; ella arroja nuestra alma del estado de pureza en el cual se había establecido; ella la reduce á la última baja; ella ya no le permite hacer sus oraciones ordinarias con su acostumbrada alegría; ella no sufre que se aplique á la lectura para encontrar en ella remedios para sus males; ella nos impide que seamos dulces y apacibles con nuestros hermanos; ella nos vuelve impacientes y fastidiosos en todas nuestras obras y todos los ejercicios de la religión, y después de haber turbado la constancia de nuestro corazón nos arrastra á la desesperación que nos consume y nos mata. »

2° Con esto se ve como debemos combatir ese vicio cuando viene á atacar á nuestra alma; *pues la tristeza, dice la Escritura, es para el corazón del hombre lo que la polilla para el vestido, y la carcoma para los árboles* (Prov. 25-21). Luego, á la manera que un vestido cuando está polillado nada vale, y un árbol carcomido ya no sirve para los edificios y sólo para el fuego; así el alma que se deja consumir por la tristeza ya no recibe la unción de Dios representada por el aceite que fluía sobre el vestido de Aarón, según espresión de David (Psal. 132-2), y ya no es propia para el edificio espiritual de que habla San Pablo cuando dice: *Vosotros sois el templo de Dios* (I Cor. 3-16).



3° Esta tristeza viene algunas veces, ó de que nos hemos encolerizado, ó de que hemos sido privados de un placer que deséabamos ó de un lucro que esperábamos. Otras veces viene del demonio, quien con su malicia y sin motivo alguno, nos echa en un profundo tedio, y nos impide recibir con la alegría acostumbrada á las personas más queridas; de suerte que todo aquello que ellas nos puedan decir para divertirnos nos parece importuno: tanto la amargura ha llenado nuestro corazón.

4° Esto hace ver que no debemos echar nuestras culpas sobre nosotros; sino sobre el fondo de nuestro corazón, en donde generalmente están la semilla de esta pasión y la raíz de todos los vicios. Por esto el Señor, que conoce los remedios propios para curar este mal fondo que llevamos, no nos ha mandado separarnos de la compañía de nuestros hermanos, sabiendo que la perfecta pureza de corazón no se adquiere por esta separación, sino con la virtud de la paciencia. Y á la manera que cuando tenemos la paciencia arraigada en el corazón, conservamos la paz, aun en medio de aquellos que nos aborrecen; así cuando estamos desprovistos de ella, es de temer que estemos sin cesar en disputas aun con aquellos que son mejores que nosotros. No debemos hacer más que arreglar nuestras costumbres y reformar nuestra vida, para estar enseguida y con facilidad en paz, no solamente con los hombres, sino también con las bestias más feroces.

5° Además de la tristeza de que acabamos de hablar, hay otra que lleva al alma pecadora, no á regular mejor su vida ni á reformar sus costumbres, pero sí á una mortal desesperación. Tal fué la tristeza de Caín y la del traidor Judas. Tristeza horrible y detestable.

6° La tristeza, pues, no nos es útil sino cuando nos afligimos por nuestros pecados, ó cuando estamos aun lejos de la perfección, ó cuando entrevemos la dicha del cielo á que

aspiramos. Esta es la tristeza de que habla san Pablo cuando dice: *La tristeza que es según Dios, causa una penitencia estable para la salud* (II Cor. 7-10); y la señal para discernir la buena tristeza, de que habla el Apóstol, de aquella que no lo es, es que la buena es obediente, humilde, dulce, paciente, porque viene del amor de Dios, que ella lleva á la perfección, que abraza los dolores y las penas para obtenerla, que se ocupa de la compunción y conserva siempre su dulzura; mientras que la otra es agria, impaciente, intratable, llena de amargura, que tiene el corazón en mal humor, y muy lejos de hacer pasar el alma á la tristeza saludable es mas bien capaz de sumergirla en la desesperación. Es por esto que nosotros nos debemos aprovechar tanto de la buena tristeza, cuanto debemos arrojar lejos de nuestro corazón á la mala, que el Apóstol llama *la tristeza del siglo*.

7° Por fin, ved como Casiano propone el medio de curar nuestra alma de la mala tristeza. « Arrojemos, dice, de nosotros de tal suerte esta pasión peligrosa que podamos enseguida levantar nuestro espíritu con la meditación de las cosas del cielo y la meditación de la dicha que nos está prometida.

Con esta consideración y con este divino objeto disiparemos todas las tristezas que sentimos... La consideración de los bienes futuros nos levantará por encima de los males presentes, y permaneciendo siempre en una santa alegría y en una firmeza inquebrantable, ya no seremos más abatidos por los males, ni levantados por los bienes de este mundo, porque consideraremos á unos y á otros como ligeros y caducos. »

El vicio de que Casiano trata en el libro décimo es la pereza. Aunque este autor habla con mucha fuerza contra los otros vicios, se ve que en este libro se levanta con mayor vehemencia contra los religiosos ociosos y perezosos.



Después de haber manifestado los diversos efectos que este vicio produce en el alma de un monje de que ha tomado posesion, y por que artificios el demonio le engaña, le ciega y le causa diversas desgracias, hace en estos términos la descripción de un religioso perezoso.

1º Cuando este vicio, dice, ha entrado una vez en el alma de un solitario, y se ha convertido en su dueño y tirano, lo deja morar en su celda como un relajado y perezoso, sin que en ella haga progreso alguno espiritual; ó lo saca de ella para convertirlo en un cosmopolita errante y vagabundo, y reducirlo en una continua inestabilidad. Lo vuelve incapaz de hacer obra alguna buena. Lo hace correr de celda en celda, de monasterio en monasterio para visitar allí á los hermanos; y no le deja tener otro cuidado que pensar donde podrá preparar la primera comida que debe tomar, y porque pretexto la podrá hacer adelantar. Porque el perezoso no se ocupa más que de comer y de comidas; él permanece en este estado hasta que encontrando alguna otra persona, hombre ó mujer, en el mismo estado de molicie, se enreda en sus negocios. Ocupa totalmente su espíritu en ellos, y se deja poco á poco comprometer en los empleos peligrosos, que le oprimen como por nudos de serpientes, de que ya no se puede librar. Se encuentra tan cargado con este peso, que ya no puede levantar sus ojos ni su corazón á aquel estado santo que había abrazado desde el principio. »

2º San Pablo, continúa Casiano, el verdadero médico de las almas, ya conoció en sus tiempos lo que era la pereza y previó por la luz del Espíritu Santo los males que causaría á los solitarios, y que trató de prevenir con remedios. Se puede ver lo que al objeto escribió á los Tesalonicenses (I Thess. 3-4). Así este santo Apóstol no solo trabajaba para sí mismo (II Thess. 3), sino también por aquellos que estaban con él y que sus ocupaciones les impedían traba-

jar; y su intento era excitarnos á nosotros mismos á trabajar como él. Para exhortar á los primeros cristianos al trabajo, al ejemplo que les daba juntó también el consejo y el mandato.

*Cuando estábamos con vosotros*, les escribe, *os declaramos que aquel que no quiere trabajar tampoco debe comer* (II Thess. 3-11) *Nosotros sabemos*, dice también, *que hay algunos entre vosotros que están desordenados é inquietos, que nada hacen y que dicen que nada tienen que hacer* (I Thess. 4-1). *Nosotros mandamos á estas personas, y las conjuramos por Nuestro Señor Jesucristo que coman su pan trabajando en cuanto puedan* (II Thess. 3-6). Por estos pasajes de san Pablo se ve que la ociosidad causa el desarreglo, la inquietud, el prurito de mezclarse en asuntos ajenos, y para obviar estos males el Santo usa de su autoridad para ordenar el trabajo. (Act. 1 18). Recomienda lo mismo en muchos otros lugares (Act. 10-17, II Thess. 3-7 Eph. 4-28) y esta recomendación se repite muchas veces en los libros del Antiguo Testamento.

3º En el capítulo veinte de este libro relata un ejemplo que demuestra hasta que punto de ceguera puede conducir la pereza á un religioso. « Conocíamos uno, dice, cuyo nombre podríamos citar, si esto pudiera servir de instrucción al lector. Este hombre viéndose en el monasterio obligado á entregar todos los dias al ecónomo la obra tasada que hacía, escogió este artificio para impedir que el fervor de algún religioso hiciese aumentar la medida ordinaria, ó que al menos él no fuese confundido por el ejemplo de su celo. Desde que se apercibía de este fervor, trataba de hacerlo retroceder, y no pudiendo conseguir su resultado, le inspiraba con sus consejos detestables el pensamiento de salir del monasterio. Para hacerlo caer más fácilmente en este lazo, fingía que hacía mucho tiempo que sufría sin quejarse, y que hubiera salido por muchas razo-



nes y ofensas que había recibido, si hubiese podido encontrar á alguno que hubiese querido acompañarle.

« Después que así había dicho mucho mal del monasterio y había por fin obtenido su consentimiento, le señalaba la hora en que saldrían del monasterio y el lugar en donde se debían encontrar; pero muy lejos de ir como había prometido, permanecía apaciblemente en su celda. Así el otro religioso demasiado crédulo, avergonzado por su salida, no osaba entrar mas al monasterio del cual se había escapado, mientras que éste, siendo el autor de todo, pacífico permanecía en él. »

4° El mismo autor nos enseña con que fervor los solitarios de Egipto se aplicaban al trabajo: « Regulándose, dice, según el ejemplo y las ordenanzas de san Pablo, no pueden sufrir que sus religiosos, y en particular los más jóvenes, permanezcan un momento sin hacer nada. Juzgan de ellos y de los adentros de su corazón, de sus progresos en la virtud, de su paciencia y de su humildad, por su amor al trabajo. Y bien lejos de permitir que alguno de ellos reciba de otro con que nutrirse, por el contrario quieren nutrir con sus trabajos á los sobrevivientes y forasteros; envían sumas inmensas á aquellos que gimen en las prisiones, ya en toda la Libia, que son lugares siempre estériles, ya también en todas las otras ciudades; y creen con estas limosnas ofrecer á Dios un sacrificio justo, santo y verdadero del fruto de los trabajos de sus manos. » Por otra parte están tan persuadidos de la necesidad de trabajar, que sus ancianos han pronunciado esta admirable sentencia: *Un religioso que trabaja no es tentado mas que por un demonio; pero aquel que no trabaja, tiene una infinidad de demonios que le pierden.*

5 Últimamente Casiano termina este libro con esta hermosa sentencia: « La experiencia ha hecho conocer que las tentaciones de la pereza no se deben evitar huyendo de

la celda ó del monasterio, sino que se han de domar resistiéndolas con el continuo trabajo y ocupación. »

El mismo autor combate la vanagloria en su libro once: 1° Dice que es este un enemigo tan astuto, y que se disfrazaba de maneras tan diversas, que los ojos más perspicaces á veces apenas lo pueden descubrir. Y mientras que los otros vicios nos hacen una guerra declarada é insensible, y atacan visiblemente á las virtudes que le son contrarias y que por esto son mas fáciles de conocer y vencer, este se mezcla entre las virtudes, como un ladrón que aprovecha una noche oscura para sorprender más facilmente á aquellos que no vigilan bastante.

2° La firmeza con que resistimos á los otros vicios confunde al demonio que nos los inspira, y lo vuelve mas débil contra nosotros. Pero cuando la vanidad nos ha tentado sobre ciertos objetos groseros, si ella se ve contrariada, no por esto desfallece; al contrario, deja la primera forma que había tomado para tentarnos, y se cubre con la apariencia de las virtudes para abatirnos después que la hemos domado. Así mientras que los otros vicios se enflaquecen, por decirlo así, y se secan desde el momento que los hemos vencido; este nunca se levanta con más pertinacia que cuando se ve aterrado. En cuanto se le pisotea, en tanto toma vigor y fuerza en la gloria que se ha reportado contra él; y en esto principalmente consiste el artificio de este enemigo, vence al soldado de Jesucristo con sus propias armas cuando no ha podido hacerlo con las ajenas.

3° La vanagloria, pues, ataca por todos lados á aquel mismo por el cual fué vencida. Ella se esfuerza en perderlo elevándole por sus hábitos, por sus gestos, por su mismo andar, por sus palabras, por sus acciones, por sus vigiliias, por sus ayunos, por sus oraciones, por su humildad, por su larga paciencia. Ella es como un escollo escondido bajo las olas, contra el cual se estrellan aquellos